

y del premio debido á vuestra buena vida y obras, consuélome, con esto, y que presto os acompañaré." Y así fué, que dentro de muy breve tiempo murió este bendito padre, llamado Acevedo, con gran opinión de siervo de Dios por su ejemplar vida; y que habiendo sido beneficiado, lo dejó todo por recogerse á un hospital y ser capellán de los pobres, como todos lo vieron en la ciudad de Guadalajara.

Luego que se acabó el oficio y misa, queriendo enterrar al bendito Luciano en el entierro acostumbrado de los religiosos, comenzó á cargar toda la gente, hombres, mujeres y niños, á besarle con gran devoción los piés, y cortarle el hábito para reliquias, hasta dejarle sin él, si no fueran reprimidos por el padre provincial y el Reverendo Padre Fray Francisco de Barrios, y por el padre prior de Santo Domingo, que con gran fuerza ellos y otros religiosos apartaban la gente; pero con todo, no podían dejar de cumplir con la devoción del pueblo, que llegaba á tocar los rosarios y otras cosas en el cuerpo y rostro del bendito padre, guardándolas después por reliquias.

### CAPITULO CCLXXIII.

En que se trata de algunos milagros que Dios obró por su siervo después de muerto.

Después de enterrado, y que ya volaba la fama de la santidad, y maravillas que Dios usaba por la intercesión de este su siervo, sucedió en Guadalajara, que era una señora, grande devota suya, llamada D.<sup>na</sup> Isabel de Castro, mujer del Licenciado D. Juan de Avalos, oidor de la Real Audiencia de aquel reino de la Nueva Galicia. Y estando preñada, le dió una enfermedad

muy grave, de la cual, según las diligencias que hicieron y señales que vieron las parteras, y ella echaba de ver en sí, se tuvo por cosa cierta que la criatura que tenía en el vientre estaba muerta, con que se le agravaba la enfermedad y congoja; y sabiendo esta buena señora cuán acertado remedio que era acudir á Dios, y valerse de la intercesión de sus escogidos para tener bren sucesó en los trabajos, lo hizo así. Y yéndola á visitar el P. Fray Sebastián López, que entonces era secretario, le dijo esta señora su aflicción, y que tenía por cierto que estaba la criatura (de que estaba preñada) muerta, por no sentirla en el vientre; y que así, le rogaba le diese alguna reliquia del bendito padre Luciano, que tenía esperanza en nuestro Señor, que por medio suyo habría de tener entera salud. Hízolo así este bendito religioso (que es de muy aventajada caridad), y dióla un pedazo del hábito con que había fallecido este siervo de Dios, el que se puso esta santa sobre el vientre con la devoción posible; y luego, instantáneamente, sintió bullírsele la criatura en el vientre, y empezando desde aquella hora á mejorar, cobró entera salud, lo cual contó esta santa al dicho padre Fray Sebastián López y al Padre Fray Marcos de San Juan, que era maestro de novicios y es religioso de muy conocida virtud y religión; los cuales lo han contado muchas veces, y lo mucho que esta santa alababa á Dios en su siervo, y la fé y devoción que con él tenía.

Siendo maestro de novicios el dicho padre Fray Marcos de San Juan en el convento de Guadalajara, contó una noche que estando el P. Fray Juan de Gracia, religioso lego muy anciano, con una ardiente calentura, ya sin sentido y sin habla, y que no le pudo confesar por diligencia que hizo, y absolverle por la bula, le dijo el P. Fray Nicolás de San Juan, le pusiese el bonete de tafetán morado al dicho Fray Juan de Gracia, conque solía comulgar el bendito Luciano. Hízolo así, y cuando se le puso era de parte de noche, y otro día de mañana, yéndole á visitar, lo halló mejor, habiendo vuelto en sí y quitádose totalmente la calentura, sin que se le hubiera hecho más remedio que ponerle el dicho bonete; y sintiéndose ya bueno

el dicho Fray Juan de Gracia, se quería levantar; sino que se lo estorbaron los religiosos, por ser un viejo de más de sesenta años, y muy perlático. Y este caso referido, y milagro, sucedió delante del Reverendo Padre Fray Francisco de Barrios, que era provincial; y delante del P. Fray Lázaro Jiménez, que era predicador del convento, y de toda la comunidad del convento de Guadalajara, que se halló presente. Algunos religiosos dicen que desde este punto, le rezaba este religioso lego un *pater noster* y una *ave maria* á este siervo de Dios y devoto suyo. A otras muchas personas dijo el P. Fray Marcos de San Juan que prestó este mismo bonete, y sanaron de dolores de cabeza, y de jaquecas grandes; como los mismos que habían sanado, alabando á Dios en su siervo, se lo contaron á este religioso, y particularmente, siendo guardián en el convento de Acapone-tta, certifica sanaron con él muchas personas de diversas enfermedades, que sería largo de contar.

Dice también este mismo religioso, que oyó decir á D.<sup>a</sup> Isabel de Castro, arriba referida, que le habían escrito de las minas de San Luis, que haciendo las exequias del bendito padre Luciano, y habiéndose hallado presente á ellas un hombre de las dichas minas, y que por su devoción, habiendo oído contar las maravillas de este santo, le había cortado un pedazo del hábito, y estando, cuando llegó un vecino de las dichas minas, muriéndose y desahuciado de los médicos, le puso sobre la cabeza con mucha devoción, el pedazo de hábito que llevaba, y que sin más remedio que éste, empezó á cobrar conocida mejoría y quedó sano en muy breve tiempo, con lo cual quedaron todos los de aquellas minas, aficionadísimos del bendito siervo de Dios.

Contaba el dicho oidor D. Juan de Avalos, que yendo á visitar el reino como lo acostumbran á hacer éstos señores de dos á dos años, había llevado un pedazo del hábito de este siervo de Dios, por la devoción que con él tenía, y que con él habían sanado muchísimas personas á quienes lo prestaba, de diversas enfermedades; y que tenía memoria de todo, para lo que se ofreciese averiguar de ello.

En el pueblo de Cocula, guardianía de esta provincia y del reino de la Nueva España, sucedió que, estando una indezuela de edad de seis años, con viruelas, y habiéndole ya dado en la garganta, de modo que no podía pasar bocado, movido un religioso de compasión, y lástima, y en confianza de la devoción que tenía con el bendito Padre Luciano, y que por sus méritos daría Nuestro Señor salud á aquella niña, dió á Francisco de Villalobos, mercader de aquel pueblo, un pedacito de hueso de la canilla de este siervo de Dios, y le dijo lo echase en un poco de agua, y que de ella diesen de beber á aquella niña; que esperaba en Nuestro Señor que por este medio había de sanar, lo cual sucedió de aquella suerte, porque luego que bebió del agua (donde habían tenido el hueso), pidió de comer y empezó á mejorar, y sanó muy en breve.

De este mismo mal de viruelas, en el dicho pueblo sanaron otras muchas criaturas, porque luego que oyeron este caso, le pedían al dicho religioso, que había dado (al dicho Villalobos), el pedazo de la canilla del santo, y así repartió entre algunas personas el religioso del dicho hueso, y unas lo prestaban á otras, los cuales había dado de él, y todas conseguían salud. Sea el Señor loado por siempre.

Asímismo, yendo pasando este mismo religioso por la provincia de Mechoacán, del Reino de la Nueva España, hizo noche en una estancia que está junto á la villa de León, y halló una buena señora con una jaqueca que certificó que había muchos años padecía de ella, y esto en ocasión que aun vivía el bendito Luciano, y llevaba un pedazo de capilla suya y unos cortezones de pán que el bendito padre había dado á este dicho religioso, los cuales guardaba en una taleguilla el santo, para dar á los coristas que le leían; y el dicho padre los guardó por su devoción, y dió de ellos á aquella mujer, y le dijo se pudiese aquel pedazo de capilla, y que esperase mucho en Nuestro Señor, que le había de dar la salud. Ella lo hizo así, y despidiéndose el religioso para proseguir su viaje, le preguntó cómo se había sentido, y le respondió, que por la bondad de Dios quedaba buena y sana con aquel remedio. Dióle el religioso

un pedazo de la capilla, y pasó adelante, dejándola ya buena y sana. Sea el Señor loado por siempre.

En la ciudad de Guadalajara una señora llamada Luisa de Samaniego, mujer del factor de la Real Audiencia, Rodrigo de Ojeda, había recibido unas cartas en que le decían que estaba muy al cabo de cierta enfermedad, un hijo suyo; y por tener mucha devoción con el bendito padre Luciano, siendo vivo en esta ocasión, se fué á la iglesia del convento y pidió con muchas lágrimas que se lo sacasen de allí, porque le quería hablar, lo cual hizo el bendito religioso con mucho amor, y la buena mujer le pidió encarecidamente encomendase á Dios á su hijo, porque la habían escrito el peligro en que estaba entonces. Entonces el siervo de Dios, consolándola, dijo hiciese bien por su alma, y la encomendase á Dios, que él haría lo mismo, porque el día antes del en que esto se trataba, se lo había llevado Nuestro Señor, porque ya era difunto. Y es de creer que tuvo alguna revelación, según lo que después se verificó y supo, de que había muerto el mancebo el mismo día que el siervo de Dios dijo, y estar más de cien léguas de distancia, de á donde estaba el dicho padre, la parte donde falleció el mancebo.

## CAPITULO CCLXXIV.

En que se prosiguen los milagros, y de cómo después de enterrado, fué hallado su cuerpo entero, y lo que sucedió.

Estando el P. Fray Martín de Aguayo enfermo de la enfermedad de que murió, siendo guardián del convento de Tzacualco, de la dicha provincia de Xalisco y del reino de la Nueva España, y sintiéndose muy desflaquecido, fué el P. Fray Diego

Blanco, que era su compañero, á la cocina á traerle alguna cosa que comiese, y volviendo con ella el dicho, padre, le halló de rodillas junto á la cáma; y volviendo el rostro el padre Fr. Martín, viéndole venir, le dijo: "¡Oh padre Fray Diego, cuánto bien nos hace nuestro Señor, por los méritos de nuestro buen padre Fray Diego Luciano, que ha estado aquí conmigo ahora, y el glorioso San Agustín, y me ha dicho la grande paz que ha de haber en esta provincial! Sea bendito Nuestro Señor, pues ya la gozamos," y desde el tiempo que esto sucedió, ha sido tan grande la paz, concordia y amor con que todos los religiosos se aman en el Señor, que se cree y tiene por cierto, es una de las provincias más quietas y pacíficas que hay en la Nueva España. Sea Dios bendito por todo.

Al cabo de un año poco más ó menos, después de la muerte del siervo de Dios, murió otro religioso sacristán y de otros enterrados, se dio gana á la curia de abrir la sepultura en el lugar donde habían enterrado al bendito padre Luciano, para ver cómo estaba aquel bendito cuerpo; y como lo hicieron con determinación, sin haber quien lo estorbare, consiguieron su deseo y salieron con su intención. Abierta, pues, la sepultura, y descubrió el cuerpo, exhaló tanta fragancia, que admirados de ello y de estar el cuerpo sin corrupción alguna, ni haberle comido cosa la tierra, y tan tratable y hermoso como si fuera hombre vivo, le sacaron de aquel lugar. Luego corrió un rumor en la iglesia, y se juntó mucha gente, y religiosos de otras órdenes que se hallaron presentes; y movidos de devoción, teniéndole por santo, según las maravillas que había obrado por él Nuestro Señor, comenzaron á cortar de aquel cuerpo bendito, bien imprudentemente, pedazos de carne y huesos, tan jugosos, que parecían de persona viva. Procuraron estorbarlo los religiosos cuanto pudieron, y al fin, repelida la gente con fuerza, escondieron lo que quedaba del cuerpo; y viniendo á noticia del Padre Fray Jaime Nogués de Santa María, que era provincial, el suceso y atrevimiento de haber abierto la sepultura, y haber tratado así el bendito cuerpo, mandó con rigor á los religiosos, y el Señor

Obispo con censuras á los seculares, volviéren todo lo que hubiesen quitado, y que todo junto se pudiese en una caja y se depositase en el hueco de un altar. No fué posible juntar todo lo que habían llevado y cortado, porque ya lo tenían repartido entre personas devotas, por diversas partes; y todo lo que se pudo coger, está guardado en una caja en la capilla mayor. El olor de los huesos era fragantísimo, y oían á la voluntad de Dios Nuestro Señor, que así es servido de honrar á los suyos.

En la ciudad de Guadalajara, el año de 1623, estando una india tres días había sin poder parir, aunque hacían muchas diligencias para ello, llegó Bernardina de Alvarado, española, mujer de Bartolomé de Coca, y le puso un pedazo de hábito de este bendito religioso sobre la barriga, y al punto que se le puso, echó la criatura, y recibió el agua del bautismo.

El padre Fray Simón Lusardo, siendo novicio, sanó de unas Luciano. A Francisco Méndez, habiéndosele huido una negra ocho días había, y pidiendo á este siervo de Dios le encomendase á Dios para que pareciese, porque en todos dichos días no había tenido razón de ella, le respondió: "Vaya, hermano, que esta noche vendrá á su casa la negra," y así sucedió.

Otros milagros se han averiguado por información jurídica, que está en el convento de San Francisco de Guadalajara, lo cual se hizo por comisión del padre Fray Pedro de Salvatierra, siendo provincial. Son como sigue:

Francisca de Sandoval, viuda, vecina de la dicha ciudad de Guadalajara, afirma con juramento, que estando un día almorzando de un palomito con una comadre suya llamada María de Sanabria, y con María de Sanabria, se le atravesó á la susodicha Francisca de Sandoval, un hueso del palomito en la garganta, por ocasión de estarse riendo en la conversación en que estaba; y que sentía que lo tenía atravesado á manera de horquilla, de que se afligió notablemente, por el gran dolor que sentía; y que desde la hora que esto le sucedió, que era de mañana, hasta ya noche, hizo muchísimas diligencias y remedios para echar el

hueso, mascando pedazos de pan y probándolos á tragar, no los pudo tragar por el dicho impedimento, ni aun la saliva; y que viéndose ya desconfiada de la vida, por el riesgo en que la decían estaba, se acordó que tenía unas reliquias del dicho padre Luciano, las cuales les pidió, y se las puso con mucha devoción en la garganta rezando un *Pater noster* y una *Ave Maria*; y que con esto se quedó dormida por largo espacio de la noche, y que despertando acordándose del peligro en que estaba, y ya para confesarse y disponer su alma, dice que yendo á tragar la saliva, se halló buena y sana, y que no sabe qué se hubiese hecho el hueso que había tenido atravesado, porque no sabe si lo tragó ó qué fué de él; y que atribuye ese caso milagroso, á la intercesión del bendito padre Luciano, á quien se había encomendado, y cuyas reliquias se había puesto; y lo mismo afirman con juramento las dichas Mariana y María de Sanabria.

Leonor Jiménez, mujer de Juan de los Reyes, vecina de la dicha ciudad de Guadalajara, afirma, que estando un hijo suyo llamado Luis, á la muerte, de una grave enfermedad de tabardillo y viruelas, y con la gravedad del mal, sin juicio; y estándole llorando la dicha Leonor Jiménez como madre afligida, por no hallar remedio para tan gran mal como su hijo tenía, entró en esta ocasión á visitarla Francisco Rodríguez Caravallo, maestro de armas, y preguntándole la causa de su aflicción, y habiéndola entendido, la dió el dicho Francisco Rodríguez Caravallo, una hebra de la carne del cuerpo del hábito del bendito padre Luciano, y le dijo que le echase en agua y que de ella diese á beber á su hijo, y que fiase mucho del siervo de Dios que le alcanzaría salud de Nuestro Señor; y que luego al punto había hecho lo que el dicho Francisco Rodríguez Caravallo le había dicho, y que habiendo bebido su hijo el agua en que había estado la hebra de carne referida, se quedó dormido el niño Luis; y que otro día, por la bondad de Dios é intercesión del santo Luciano, se levantó bueno y sano, sin enfermedad alguna, con admiración de todos los que lo vieron y entendieron, que glorificaban á Dios Nuestro Señor por esta maravilla.

o Pedro Ballesteros, vecino de la dicha ciudad de Guadalajara, dice, que teniendo un decenario de cuentas del padre Fray Diego Luciano, y yendo á ver á un amigo suyo, halló una mujer de parto (la cual no se nombra por ser secreto), y que había estado en grande aprieto, y que poniéndole el dicho decenario, al punto parió y se bautizó la criatura, atribuyendo este buen suceso al dicho padre Luciano. Y dice más este testigo, que estando Doña María de Ovalle, mujer de Gregorio de Castro, vecino de la dicha ciudad de Guadalajara, muy enferma de enfermedad grave, y preñada, yéndola á visitar este testigo, la dijo que con mucha fé pusiese el dicho decenario, y que fuese mucho en los merecimientos del siervo de Dios Luciano, y que le alcanzaría salud, y libraría de la gran enfermedad que tenía, y supo el dicho Pedro Ballesteros otro día, yendo á visitar á la dicha Doña María, que le dijo, que habiéndose puesto el dicho decenario, nació un niño, y se bautizó con el nombre de Dios Luciano, porque atribuía su mejoría á la virtud que Nuestro Señor había puesto en aquellas cuentas, por haber sido de dicho santo; y lo mismo afirmó la dicha Doña María de Ovalle, en lo que tenía dicho en la dicha información. ¡Sea Dios alabado y glorificado en su santo!

Año de 1617. Pichilingues en Colima. En este año de 1617, llegó al puerto de Salamea, en la mar del Sur, jurisdicción de la villa de Colima, un corsario irlandés; y aunque se supo que no iba á hacerles mal en la tierra, sino á tomar refresco de agua, leña, limones y carne, con todo eso se salió al reparo, y fué enviado el General Don Sebastián Vizcaino, el cual recogió mucha gente de las provincias de Colima, de la de Avalos y Autlán; y aunque estuvieron en la defensa del puerto, no pudieron estorbar el que los pichilingues, puestos en buen orden á usanza de guerra, con las banderas levantadas, cuerdas encendidas y tocando sus cajas, entrasen ayudando á esto con la artillería desde los navíos; y oyendo la gente de tierra que andaba á caballo, el estruendo de los mortetes y artillería, y viendo caer los pedazos de árboles de las balas enramadas, que tiraban como gente bisoña, partieron, de manera que no sólo huyeron los de pocas obligaciones, como

mulatos y mestizos, sino otros que debían tener presunción de hombres de bien. Y oyendo los enemigos el estruendo y ruido de los que había por aquellos montes, fué tanto el temor que concibieron, que les pareció ya iba sobre ellos un gran ejército de hombres de á caballo, y con buen orden se fueron volviendo hacia el puerto, habiendo muerto á dos españoles, uno de Tzapotlán y otro de Cocula, el cual estando detrás de un árbol, les hacía mucho daño, porque de allí en cubierto tiraba al montón de los pichilingues, y mató á algunos de ellos; y reparando en el daño, y viendo de donde venía, y que descubriría por detrás las espaldas, le tiraron un pelotazo con que le mataron, y con esto, se embarcaron con mucha prisa, con que se quedaron seis ó siete de los pichilingues, con el alboroto, perdidos en los montes, y dieron con ellos algunos españoles, y en particular un Juan de San Pedro, vecino de Colima; y ellos, tes á sus piés, y cruzaron los brazos en señal de rendimiento; y fueron llevados al General, y en el camino un español poco advertido, dió de puñaladas á uno, que mostraba ser católico, y lo quería dar á entender pronunciando muy aprisa en su lengua *sacramento*; y los llevó el general á México, como triunfando.

Pleito singular. El otro español de Tzapotlán, antes que muriese, viendo el mal orden que los españoles tenían, dijo en alta voz, como adviniendo lo que le había de suceder: "seánme testigos todos los que aquí están, que si muriese, como tengo entendido, en esta ocasión, que dejo toda mi hacienda á la Virgen del Rosario," sobre que después hubo competencia y pleito entre los mayorcomos de la Virgen del Rosario de Tzapotlán, y los de Colima, porque los de Colima alegaban haber muerto en parte más cercana de aquella villa, y que así, se había de entender pertenecer los bienes del difunto á aquella cofradía; y los de Tzapotlán alegaban que allí pertenecían de donde era vecino y cofrade, y que era más conforme á razón. Duró el pleito, y al fin se concertaron en que partiesen, con que se acabó.